

Panorámica sobre «Camino» como obra literaria

ALFREDO MÉNDIZ

En otoño de 2009, con ocasión de los setenta años de la primera edición de *Camino*, se organizó un acto conmemorativo en dos localidades de Paraguay: en Ciudad del Este el 1 de octubre, y en la capital, Asunción, el día siguiente. El acto consistió en dos disertaciones sobre el libro: una de carácter histórico, a cargo de María Esther Portillo, y otra más atenta a la perspectiva lingüística. De esta segunda se ocupó Carmen Sánchez Lanza, profesora de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina).

El estudio de la profesora Sánchez Lanza, que se publica a continuación tal como nació, es decir, como intervención oral –sin más añadidos que algunas notas a pie de página y, al final, una breve bibliografía–, se inserta en una estela ya crecida de análisis literarios sobre *Camino*. Crecida y sin embargo joven, pues a diferencia de la teología, que lleva muchos años ocupándose del libro (un ensayo fundamental del teólogo Pedro Rodríguez es de 1965), la crítica literaria sólo a partir de los años noventa ha dirigido a él su atención de modo científico, es decir, no solamente por medio de reseñas o recensiones.

La razón de este retraso hay que buscarla en el carácter secundario que forzosamente tiene –entre los varios aspectos de la figura de san Josemaría– su faceta de literato. «Me he pasado la vida leyendo y releendo a Josemaría Escrivá de Balaguer –escribía en 2002 el sacerdote y poeta chileno José Miguel Ibáñez Langlois– y sin embargo, como crítico literario nunca me atreví a abordarlo, a pesar de haberlo tenido siempre por un gran escritor. Y esto porque, siendo uno de los autores espirituales más leídos de nuestro

tiempo –y para colmo un hombre santo–, desborda a todas luces la condición convencional de “escritor”»¹.

Aun así, ya en 1992 el propio Ibáñez Langlois había publicado en la revista española *Palabra* un breve ensayo literario sobre san Josemaría, con motivo de su beatificación. Ese mismo año, en septiembre, el escritor François Gondrand presentó en la Universidad de Nanterre una tesina sobre *Camino*, de la que sucesivamente se editaría un resumen en francés (en la revista *Crisol* y en el *Bulletin hispanique*) y en español (en *Scripta Theologica*). Un año después, en 1993, Miguel Ángel Garrido, profesor de Teoría de la literatura, publicaba en un libro colectivo una sazónada contribución sobre la literatura espiritual en la que dedicaba particular atención a *Camino* y a otros títulos de Escrivá de Balaguer.

Tras esas primeras incursiones, la literatura sobre *Camino* conocerá una nueva oleada de trabajos científicos en 2002 –año del centenario y de la canonización de su autor–, favorecida por la aparición de la edición crítico-histórica del libro. Los nuevos estudios aportarán métodos y puntos de vista originales, pero inevitablemente mostrarán también una fuerte dependencia de lo publicado por los tres pioneros de la década anterior, es decir, por Ibáñez Langlois, Gondrand y Garrido.

Así, por ejemplo, algunas categorías definitorias introducidas por Gondrand, como la de *oralidad*, han determinado buena parte del discurso científico posterior en torno a *Camino*. Lo mismo se puede decir del debate sobre su género literario, que había visto en posiciones discrepantes a los tres estudiosos de la primera hora, así como de las disquisiciones acerca de la *intención* del autor. En cambio, las cuestiones de estilo, por ejemplo, que ya desde los años noventa empezaron a ser tratadas como algo de interés secundario, en los trabajos últimamente aparecidos se ven tratadas sólo en función de esas otras problemáticas más frecuentadas.

En el congreso internacional *La grandeza de la vida corriente*, que se celebró en Roma en enero de 2002 con ocasión del centenario de san Josemaría, presentaron ponencias sobre *Camino* como obra literaria la lingüista María Caballero, profesora titular de Literatura Iberoamericana en la Universidad de Sevilla, y la filóloga y editora Guadalupe Ortiz de Landázuri, además de José Miguel Ibáñez Langlois y François Gondrand, que aportaron al tema nuevas reflexiones. Los cuatro textos fueron publicados en el segundo volumen de las

¹ De esta obra de Ibáñez Langlois, como de otras de diferentes autores citadas en este artículo, se da cuenta en la bibliografía final.

actas del congreso. Otra contribución destacada de aquel año al análisis literario de *Camino* fue la del poeta y crítico Pedro Antonio Urbina (1936-2008), de quien un libro colectivo editado por Miguel Ángel Garrido incluiría un ensayo breve pero luminoso sobre las imágenes que san Josemaría usa en *Camino*, «imágenes de vida cotidiana trascendida» que, según Urbina, atraen por su belleza, mesura y viveza expresiva. No menos importante es el volumen *Josemaría Escrivá como escritor*, de José Miguel Ibáñez Langlois, que dedica a *Camino* dos capítulos y representa, al menos por ahora, el punto de llegada de un proceso personal que se abre con el artículo de 1992 y cuya etapa intermedia es la ponencia del congreso de Roma.

Con todo, el gran hito del año 2002 en el ámbito de los estudios sobre *Camino* es la ya mencionada edición crítico-histórica del libro, preparada por Pedro Rodríguez. En ella, las consideraciones literarias ocupan los apartados 10 y 11 de la *Introducción General*, agrupados en un capítulo, el cuarto (pp. 153-191), cuyo título, *Género literario, finalidad y estructura de Camino*, parece confirmar que las cuestiones planteadas por Gondrand, Ibáñez Langlois y Garrido en los años noventa condicionan todo lo que luego se ha escrito sobre *Camino* desde el punto de vista literario y lingüístico.

En cuanto al género, Rodríguez acoge la opción de Ibáñez Langlois por el aforismo, aunque reconoce el peso de las objeciones de Gondrand y Garrido. Este último sostiene que los aforismos de *Camino*, a pesar de su originalidad, a pesar de su condición de verdadero punto de sutura de una solución de continuidad de quince o dieciséis siglos en la historia cristiana, tienen mucho que ver con la tradición de la literatura espiritual (*La imitación de Cristo*, santa Teresa, san Juan de la Cruz): más que con esa otra que comúnmente se conoce como aforística (Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, Kafka, Hofmannsthal). Análogamente, Gondrand, aunque privilegia el término *consideraciones*, pues en su primera versión el título del libro era *Consideraciones espirituales*, defiende que *Camino* es fundamentalmente una recopilación de consejos dirigidos personalmente al lector («lee despacio estos consejos», escribe san Josemaría en su prólogo), en la línea de lo que san Juan de la Cruz llamaba *cautelos* o *consejos*.

En cuanto a la intención o finalidad, Rodríguez corrobora la afirmación, de gran relevancia en el discurso de Ibáñez Langlois, de su índole netamente apostólica, es decir, extraliteraria, así como la fundada conjetura de Gondrand acerca de su carácter determinante para la estructura, para el *ordo* del libro. Sin embargo, quien con más detenimiento ha reflexionado sobre la intención es una de las ponentes del congreso *La grandeza de la vida*

corriente, Guadalupe Ortiz de Landázuri, para quien la capacidad de *Camino* de interpelar personalmente –lo que ella llama su *efecto boomerang*, el hecho de que reclame poéticamente la atención del lector no para que quede fijada en el texto sino para reconducirla al propio lector y, de este modo, herirle–, es un desmentido categórico del postulado modernista de la *poesía pura*, o sea, del arte por el arte.

Volviendo a la edición crítico-histórica de *Camino*, uno de los méritos que hay que acreditarle es el de haber abierto la vía a un nuevo tipo de análisis del libro: el de sus deudas y relaciones con otros autores. En un congreso que se celebró en Jaén en el año 2004, el filólogo Antonio Barnés, de la Universidad de Granada, presentó una comunicación sobre la presencia de Cervantes en los escritos de san Josemaría, y sobre todo en *Camino*. Un año después, el también filólogo Armando Pego Puigbó, especialista en la literatura mística española, publicó un volumen sobre cuatro autores de espiritualidad del siglo XX: uno de ellos es san Josemaría, de quien –una vez más– estudia especialmente *Camino*, y en quien subraya la influencia de san Ignacio de Loyola. Ibáñez Langlois afirma que «es con Santa Teresa con quien se evidencia el parentesco más sensible» cuando se analiza la obra literaria de san Josemaría, pero el estudio de la influencia de la santa de Ávila en *Camino* está todavía por hacer.

Como se ha dicho, Gondrand dejó sólidamente asentada desde el primer momento la afirmación de la *oralidad* de *Camino*, es decir, de su origen en la lengua hablada y no en la escrita. Ha sido éste un rico filón de investigaciones en el que, además del propio François Gondrand, ha tenido un papel destacado María Caballero: su comunicación en el congreso *La grandeza de la vida corriente* y una conferencia que pronunció poco después, en un acto de presentación de la edición crítico-histórica de Rodríguez, dedican gran atención al carácter dialógico de *Camino*, a su origen en el diálogo coloquial o epistolar, y más en particular a las estructuras apelativas que su autor utiliza, como el posesivo afectivo («no te me inquietes»: *Camino*, 164), la interrogación retórica («¿que cuál es el secreto de la perseverancia?»: *Camino*, 999), el subjuntivo de deseo («que tu perseverancia no sea consecuencia ciega del primer impulso»: *Camino*, 983) o el imperativo («invoca a la Señora y serás fiel»: *Camino*, 514).

En este filón se insertó también Carmen Sánchez Lanza, ya en el año 2001, cuando investigó la *oralidad* de las homilias de Escrivá de Balaguer. Ahora lo ha hecho con *Camino*.